

# Partidos políticos en Latinoamérica

JORGE REGUEROS PERALTA

El tema que se me ha señalado para esta discusión, el de "Partidos Políticos en Latinoamérica", daría para muchas páginas no ya sobre el conjunto de nuestras nacionalidades sino, inclusive, sobre una sola de ellas. Hablar, por ejemplo, del desarrollo y devenir de las agrupaciones o simples expresiones políticas en la Argentina, o en Costa Rica, o en el Ecuador, y así en cada uno de los países latinoamericanos, podría y debería abarcar prolongado espacio en horas y días, tal es la vastedad de la materia. Pero no hay el espacio ni es el propósito de esta conferencia abarcar tan amplio espectro político. Trataré entonces, de limitarme a una apreciación de conjunto acerca del origen de las expresiones políticas en nuestro mundo ibero-americano y a detenerme —dentro de las proporciones y limitaciones de una charla de esta naturaleza— en aquellos fenómenos que han incidido, por su permanencia o por la búsqueda de una nueva expresión, en el agitado y prodigioso escenario de la vida política latinoamericana.

Los movimientos políticos, estructurados en forma partidaria, emergen en nuestra América en el transcurso del Siglo XIX, originados todos en una misma matriz: la filosofía liberal. Durante los largos siglos coloniales España y Portugal impusieron en sus dominios el modo de producción feudal, que encuadrado en un particular régimen tributario, de las Encomiendas, de los Resguardos, etc., convivió junto con formas esclavistas, ya que el sistema colonial necesitaba para el desarrollo de sus empresas una fuerza de trabajo esclavizada. Se estableció así un sistema que Hugo Rodríguez

Acosta caracteriza como "un híbrido modo de producción feudo-esclavista, que prevaleció durante todo el período de existencia de las colonias hispano-portuguesas".

Pero ya en el Siglo XVIII las ideas progresistas que la Reforma había traído para su tiempo, se habían universalizado, y la Península Ibérica de la Contrarreforma no había logrado impedir que ellas llegaran a sus dominios. Movimientos sociales de balbuceante protesta, y algunos de la trascendencia y proyección de los movimientos Comuneros Latinoamericanos, sacudieron profundamente a estos países durante el Siglo XVIII y los albores del siguiente. Las ideas de la Revolución Francesa, y las de la Revolución Emancipadora de los Estados Unidos de Norteamérica, que eran la expresión concreta de la victoria e imposición política del liberalismo en el mundo, tomaron vigencia y hallaron arraigo en los propósitos de los hombres que en los principios del siglo XIX realizaron nuestras guerras de independencia y las condujeron al triunfo. Y así, antes de llegar a la mitad del Siglo citado, los ideólogos de nuestros países conformaron organizaciones partidistas, liberal una, conservadora la otra, pero ambas procedentes, como ya lo he dicho, de una misma matriz liberal. Al respecto vale la pena citar las siguientes valederas apreciaciones de Alvaro Tirado Mejía: "El hundimiento del imperio español fue continental, y cuando a mediados del Siglo XIX se forman los partidos liberal y conservador en Colombia, ambos *que en su esencia eran liberales*, fueron marcados por los mismos hechos políticos y por los mismos vientos doctrinarios internacionales: la Revolución de 1848 en Francia y las de Italia, Alemania y Hungría; la caída de la Monarquía en Francia y la constitución de la República; la soberanía temporal del Papa y los problemas religiosos de Italia; la caída de Páez en Venezuela, la de Flórez en el Ecuador y la de Rosas en Argentina, fueron hechos políticos determinantes en la conformación y debate entre conservadores y liberales, así como en lo doctrinario todos los ideólogos leían y le daban su propia interpretación a Lamartine, o se disputaban los textos de Bentham, Sismondi, Fourier, Saint-Simon o Proudhon. En la Argentina, Sarmiento oponía la "civilización" a la "barbarie", lo europeo a lo americano, que se simbolizaban en el frac y en el poncho. En la Nueva Granada por la misma época el nombre de contendientes —burgueses comerciantes, y artesanos—, se representaban también por el atuendo "cachacos" y "guaches", los de traje europeo y los de ruana. La secularización del Estado, el conflicto religioso que marca sobre todo a los países católicos en el Siglo XIX fue vivido en América

en forma similar; los comerciantes querían secularizar el Estado y abrir sus países al libre cambio y a la inmigración, Sarmiento decía en la Argentina: "La cuestión de libertad de cultos es en América una cuestión de política y de economía. Quien dice libertad de culto, dice inmigración europea y población". En Colombia los radicales también decretaron la libertad de cultos, la separación entre la Iglesia y el Estado, al mismo tiempo que imponían la libertad de comercio, y en consecuencia, de importación con tanto celo, que hasta la cuarentena sanitaria en los barcos fue suprimida por "considerarla incompatible con los principios de la libertad".

El anterior texto, objetivo y preciso, que es aplicable a todos los países latinoamericanos, es testimonio del bipartidismo liberal-conservador, expresión política de todo el hemisferio en el pasado siglo. Estos dos partidos tuvieron siempre una característica pluriclasista, pero la coexistencia en ellos de diferentes clases implica siempre el predominio de los intereses de la clase dominante en la sociedad. No obstante, que en la práctica real los dos partidos expresaban ambos la mentalidad e intereses, como he anotado, de la clase dominante, el esfuerzo liberal por establecer un Estado Laico, que respondía a intereses progresistas del desarrollo social, y el conservador por el "statu quo" y los intereses confesionales de la Iglesia latifundista, constituyen la esencia, el problema de fondo, de la consistencia y perduración de las dos expresiones políticas en el siglo pasado.

Además, es preciso anotar que la pugna bipartidista entrañaba, al mismo tiempo, la concesión a las masas populares de determinados derechos y libertades, sin las cuales no era posible mantener refrenado al pueblo y permitir el desarrollo económico, incontenible, de los países. Los pueblos americanos habían venido luchando en los siglos coloniales y en la era republicana por las libertades ciudadanas y por el mejoramiento de sus condiciones de existencia, y todo lo que en esta materia existe en la actualidad obra de esas luchas, de ese anónimo trajinar político de los explotados y oprimidos por la conquista de sus reivindicaciones. De ahí que las libertades democráticas y los derechos humanos por los que actualmente luchamos no son simples formalidades políticas, sino imperativa herencia del pasado y "un logro histórico irrenunciable del progreso humano".

De otra parte es preciso establecer que durante el decurso del

Siglo XIX, al lado de las ideas liberales y conservadoras, se expresaron a todo lo largo del hemisferio ideas y doctrinas socialistas, influídas unas veces por los cánones cristianos y otras por el socialismo utópico, que tuvo en Francia su mayor florecencia. En Colombia ésto fue relievante en la formación y desarrollo de las célebres Sociedades Democráticas, que tan destacado papel tuvieron en las luchas sociales ocurridas al promediar el pasado siglo; e inclusive en la extraordinaria aun cuando menospreciada y casi desconocida Revolución del General José María Melo, acaecida el memorable 17 de abril de 1854, cuando hombres que profesaban abierta y públicamente las ideas socialistas llegan al poder en la persona del gran caudillo revolucionario. El alcance de tan trascendental hecho histórico está justamente valorado por Gustavo Vargas Martínez cuando escribe: "A sólo treinta años de sellada la Independencia y a sesenta de la Revolución del Pueblo Comunero, POR PRIMERA VEZ EN LA VIDA REPUBLICANA UNA CLASE SOCIAL DISTINTA DE LA BURGUESIA ASUMIA LA DIRECCION POLITICA DEL ESTADO. Esa es la trascendencia y la importancia del golpe melista y esa su significación social. Que esa clase era una disparidad de matices políticos y que se desconocía entonces la estructura de clase del régimen burgués lo suficiente como para que el artesanado hubiera roto definitivamente las cadenas de la esclavitud, es un planteamiento que no cabe si intentamos su ubicación en tiempo, no sólo cronológico sino político y cultural. Nada más pudieron hacer los artesanos sino tomar el poder un día y defenderlo durante ocho meses, hasta morir o salir al destierro, PERO UNA ACCION POLITICA DE SEMEJANTES ALCANCES NO VOLVIO A REPETIRSE EN NUESTRA HISTORIA. Por todo lo anterior estoy convencido de que si los partidos comunistas y socialistas, particularmente en nuestro país, no pueden ser considerados como "tradicionales", sí, en cambio, tienen ellos derecho a reclamar su procedencia histórica y nacional al par de los que exhiben ese calificativo por el solo hecho de haber fatigado la historia en el goce del reparto del botín del Estado.

Los planteamientos anteriores, obligadamente esquemáticos y generales, sirven para adentrarnos, así sea también someramente, en la realidad política latinoamericana del presente.

Este siglo XX ha sido señalado por grandes batallas políticas y sociales a todo lo largo y ancho de nuestra América. Y lo signan dos acontecimientos decisivos: la aparición y desarrollo de imperialismo, y la Revolución Soviética. Y paralelo a ello, el desarrollo in-

dustrial de la mayoría de los países hemisféricos y el surgimiento de la clase obrera, así sean uno y otra, incipientes y marcados por el subdesarrollo.

He dicho ya que no es posible, dentro de las proporciones de esta disertación, ocuparse de todos y cada uno de los países latinoamericanos, para analizar, ni siquiera esquemáticamente, el desenvolvimiento de la política y de los partidos que la encarnan. Me reduciré a mostrar, en rápida ojeada, el mapa político del hemisferio y a detenerme, con mayor amplitud, en algunos países donde en mi criterio han ocurrido o están desarrollándose acontecimientos políticos que inciden fundamentalmente y en forma decisoria sobre los destinos latinoamericanos.

Los países del llamado Cono Sur, Argentina, Chile, Uruguay, e inclusive el Brasil, recibieron durante su formación republicana una masiva ola de inmigrantes, que influyeron notablemente en la estructuración de sus movimientos políticos. En los tres primeros se forman partidos socialistas, muy del tipo del Partido Socialista Obrero Español de Pablo Iglesias. En la Argentina, el Doctor Alfredo Palacios dirige el Partido Socialista, con bases obreras significativas y representación parlamentaria durante muchos años. Aún existe, sin mucho peso ya en la vida institucional argentina. En Chile el gran líder obrero Recabarren creó el Partido Socialista, que un poco luego se tornó en el Partido Comunista; pero en ese país surgió otro Partido Socialista, el actual, que tanto ha tenido que ver con los históricos acontecimientos de estos últimos años. En Uruguay y Brasil también se crearon Partidos Socialistas que aún siguen expresándose.

En el resto de América, la expresión liberal-conservadora fue la predominante. México, Centroamérica, Venezuela, Ecuador, Perú, etc., mantuvieron esa situación durante un largo tiempo. El Caribe, entre tanto, sin excluir a Cuba, sometido a los dictados imperialistas, de norteamericanos y europeos. Igual que la franja norte de América del Sur, ocupada por las tres Guayanas.

No es posible, he de repetirlo de nuevo, detenerme a analizar la evolución política de cada uno de estos países. Sólo quiero destacar que la mayoría de ellos cayeron en las zarpas de "caudillos bárbaros", como los denomina Arguedas, que dejaron imborrables huellas de su salvajismo, al servicio siempre de los intereses foráneos del imperialismo yanqui, predominante en el hemisferio, y de

los propósitos de dominio de castas explotadoras nativas, implacables y crueles. Es sarcástico saber que Somoza hacía parte y era Jefe del Partido Liberal de Nicaragua; y que también tal se decía el señor Jorge Ubico, el siniestro personaje de "El Señor Presidente", de Asturias. No obstante, ya veremos que lo que ha florecido y está floreciendo en ésta torturada zona del Continente.

Todos sabemos que en México, en los principios de la centuria actual, tuvo lugar la Revolución Mexicana, que se inscribe históricamente entre las principales de nuestro tiempo. Ella incidió profundamente en la vida civil mexicana, y rompió, en buena parte, las estructuras coloniales, que como en los otros países latinoamericanos, se prolongaban en la República. Particularmente en el agro, a través de un reparto intensivo de tierras que golpeó hondamente el tradicional latifundismo. No obstante, de esa gran Revolución queda hoy una restringida y autoritaria expresión política, que sustituyó al bipartidismo, el PRI, Partido Revolucionario Institucional, que controla férreamente las palancas del mando y limita y cercena la vida cívica del pueblo mexicano, su auténtica expresión democrática. A pesar de lo cual, y como consecuencia de las presiones crecientes del pueblo, el PRI tuvo que aceptar oficialmente una representación minoritaria en el Parlamento Nacional.

Esta situación, que abrió la posibilidad de acción política para otros partidos distintos al gubernamental acaba de originar la fusión de todas las fuerzas y expresiones de izquierda en un Partido único del pueblo mexicano: el Partido Socialista Unificado de México (PSUM), dentro del cual se fusionaron el Partido Comunista, el Partido del Pueblo Mexicano, el Partido Socialista Revolucionario, el Movimiento de Acción y Unidad Socialista, y el Movimiento de Acción Popular. Se ha ampliado, pues el espectro de la democracia mexicana.

Ahora quiero ocuparme de los hechos políticos que en mi sentir son determinativos de los destinos históricos de América y de aquellos movimientos que en una u otra forma han incidido en el desarrollo y evolución de la política en ésta parte del mundo.

Siempre he pensado que la aparición de Mariátegui en la escena política hemisférica marca un hito e inicia una era no solo en la interpretación adecuada y seria de la realidad indo-americana, sino en la posibilidad de hallar una respuesta científica y táctica a los

problemas determinados por la problemática política de cada uno de nuestros países. El intento de Mariátegui de encontrar una alternativa nacional revolucionaria, nutrida en las propias experiencias nacionales y en sus raíces históricas, sin dependencia con respecto a otros procesos revolucionarios internacionales, es ejemplarizante, Mariátegui asumió su tiempo y enfrentó los problemas del desarrollo histórico, político y social del marxismo de su época y de la América Latina en el momento en que le tocó vivir y actuar. De su obra hay mucho palpitante y vivo. Criticó y se alzó frente al reformismo del Apra. En verdad como anota Barrantes Lingan, Presidente de la Izquierda Unida peruana, lo único que se le puede perdonar a Mariátegui "es el haberse muerto tan joven".

El otro movimiento, que tampoco puede ser olvidado en esta reseña, es el aprismo, originado igualmente en el Perú. La llamada Asociación Pro-Revolución Americana, APRA, fundada por Víctor Raúl Haya de la Torre, ha tenido una larga acción política en su patria y controvertida pero indudable influencia en la política americana. La larga trayectoria del aprismo tiene varias etapas que definen su evolución doctrinaria. Veámoslas: Primera etapa, que abarca del año de su fundación, 1924, hasta 1940, y que se caracteriza como la etapa revolucionaria del aprismo por su radicalismo teórico y su consecuencia en el trajinar político. De 1924 a 1927 produce sus primeros intentos de definición doctrinaria, en que se enfatiza el problema indígena, de tanto peso en el Perú, se plantea el problema del imperialismo y de la feudalidad y se reconoce la lucha de clases. De 1928 al 40 se enfatiza que el aprismo es la aplicación a nuestra realidad latinoamericana y del Siglo XX del marxismo, y se concibe un desarrollo histórico organicista-determinista. La segunda etapa, de 1940 a 1955, es el inicio de un acelerado proceso de rectificación y moderación de los anteriores planteamientos. Se hace énfasis en el relativismo político y elabora Haya la teoría de "el espacio-tiempo histórico", cuya primera consecuencia es distanciar el Apra del marxismo. La tercera etapa, de 1955 a 1968, es el momento en que los virajes se institucionalizan, doctrinariamente, asumiendo ya una definida posición política contraria al aprismo inicial y alejándose definitivamente del marxismo. Es la etapa en que inclusive llega a hacerse frente común con importantes sectores de la oligarquía peruana. Hoy el Apra, muerto su profeta, se halla dividido y no forma parte de la unidad popular peruana. Inclusive, fue derrotado electoralmente por el partido de Belaúnde. Pero sigue encuadrando en sus filas vastas masas del pueblo peruano, y por ello no puede ser dejada de lado

en la política del país hermano, como en cambio si ha podido ser olvidada en la política continental.

De otra parte, es preciso tener en cuenta, así sea en forma rápida, los movimientos populistas que se han originado en esta parte del mundo. En los años anteriores a la segunda guerra mundial, y especialmente después de ella, las contradicciones y luchas de clase se avivaron y crecieron. El surgimiento del mundo socialista —ya no era la Unión Soviética solitaria— incrementó la esperanza de los desposeídos en un mundo mejor. Y vino entonces la necesidad de manipular a un proletariado cada vez más aguerrido y a vastas masas que buscaban una salida a su miseria. Además, en muchos países se necesitaba una fórmula de arbitraje, como anota Agustín Cueva, para conciliar intereses entre una burguesía industrial y una oligarquía agro-exportadora. Este parece ser el caso de los movimientos populistas del Brasil y de Argentina, con Getulio Vargas y con Perón, de los cuales hoy quedan grandes núcleos desencantados y la certidumbre de que esos movimientos sirvieron, como todos los movimientos populistas, para desviar a los pueblos de sus objetivos políticos verdaderos y frenar las auténticas transformaciones revolucionarias.

Los otros dos movimientos populistas dignos de mención el de Velasco Ibarra en el Ecuador y el de Rojas Pinilla en Colombia parecen con distinto origen a los del Brasil y Argentina. Velasco es más bien una "transacción" entre "una burguesía agromercantil en crisis y una aristocracia terrateniente todavía poderosa, y, en otro plano, como medio de manipulación de masas predominantemente *subproletarias* (Cueva). También Rojas Pinilla es medio de manipulación de densos sectores de atrasada extracción proletaria; pero, además, creo que en el fenómeno del rojismo tuvo que ver mucho la latente crisis del bipartidismo colombiano, que hace mucho está buscando cauces para expresarse, sin que los haya encontrado hasta la fecha.

Creo que es conducente y necesario, antes de finalizar, decir algo sobre los Partidos Comunistas, que aparecen en la escena política latinoamericana desde las décadas segunda y tercera del presente siglo. Estos Partidos son hijos legítimos de la III Internacional, la Internacional Comunista, y por lo tanto de la doctrina que ella habría de imponerles desde que vieron la luz. Ella consistía básicamente en que hay un solo partido dueño de la verdad política y de la ciencia para desarrollar ésta; un único partido representante de

los intereses del proletariado, y que, por lo tanto, este partido es la vanguardia autodesignada de la revolución. En todo caso, el sociólogo chileno Juan Enrique observa al respecto que "de alguna manera, en la última reunión de Partidos Comunistas de América Latina, celebrada en la Habana, se plantea una apertura. Hay un reconocimiento, que desde el punto de vista de los Partidos Comunistas es un gran avance, en el sentido de que en América Latina hay muchas otras fuerzas revolucionarias, que hay un conjunto de intereses que tienen que ser representados en la Revolución, que van más allá de los intereses que representan los Partidos Comunistas". De otra parte, los Partidos Comunistas de América Latina han sido sin flaquezas ni concesiones los destacamentos de avanzada de la lucha anti-imperialista en el continente, y esto ya justifica su presencia y su acción en este lado del mundo.

Y ahora, para entrar ya en la parte final de estos devaneos, miremos qué es lo que hay en la actualidad en nuestra América, que valga la pena mencionarse.

Primero, la Revolución Boliviana. Fue una revolución democrático-burguesa, de gran contenido popular, traicionada y momentáneamente detenida por la militarada salvaje y antinacional. La inició el Movimiento Nacional Revolucionario, de Víctor Paz Estensoro, con la colaboración de todas las fuerzas vivas de la izquierda boliviana, y realizó hondas transformaciones, tanto en el terreno agrario como en el económico, al nacionalizar recursos naturales vitales y decisivos. Además, la revolución boliviana supo ligar el sentimiento nacionalista, los intereses de la nacionalidad boliviana, con los revolucionarios.

Y ligar a la acción a las masas indígenas, tan determinativas en ese país. Hoy, la izquierda boliviana está férreamente unida para la resistencia y para cobrar la victoria que le fue birlada por la anti-patria militar. Desde el Partido Comunista hasta el Movimiento de Integración Revolucionaria (MIR), que es uno de los nuevos partidos revolucionarios latinoamericanos, con mayor perspectiva y porvenir.

El otro partido que entraña una nueva modalidad, y digno por lo tanto de citarse, es el Movimiento al Socialismo, de Venezuela. El MAS surge a la vida política del país hermano en el año de 1967, cuando el movimiento guerrillero venezolano hace crisis. Se define como un partido revolucionario, marxista y venezolano, sin afe-

liaciones internacionales, y que lucha por un socialismo democrático. Hoy el MAS es el tercer partido de Venezuela, después de Acción Democrática y Copey, y su última votación alcanzó al 22% del electorado. El MAS es una renovación en el actuar político venezolano. Y una esperanza para las fuerzas revolucionarias del continente americano.

Y llegamos aquí a la Revolución Cubana. Ella ha partido en dos la historia de América. Ha puesto en jaque al imperialismo, y lo que es más trascendental: ha demostrado a la América oprimida que sí es posible realizar en nuestros países la revolución de liberación nacional y social, cuando la unidad popular crea férreamente el ejército de esa liberación. Ahí está Cuba, "territorio libre de América", alfabetizando a otros pueblos, después de haber acabado con sus analfabetas. Y mostrando el camino a seguir a los revolucionarios auténticos.

El otro hecho relievante de la nueva América es la Revolución Sandinista en Nicaragua. Ahí está el partido de Sandino, que logró aglutinar en torno suyo a las vastas masas populares, abriendo el otro camino y estableciendo el otro ejemplo de cómo debe ser la liberación de nuestros pueblos.

Finalmente, quisiera decir que una pequeña isla del Caribe, Granada, con el Partido de la "Nueva Joya", de Mauricio Bishop, ha realizado también su revolución nacional, hoy en fila al lado de los pueblos liberados de América.

Me doy cuenta de las limitaciones de esta charla, a pesar de lo cual ya es largo el tiempo que le estoy robando a la atención de ustedes. Se podría hablar de los partidos políticos que obran en Panamá, en Costa Rica, en Puerto Rico, en Haití, en Paraguay; de los movimientos de heroica resistencia de El Salvador, de Guatemala, etc, u ocuparme de la tragedia de Chile y de los errores allá cometidos. Pero sería problema de largo tiempo, y no de una conferencia limitada. He querido, pues referirme a lo que me ha parecido más significativo. Pido pues, disculpas cordiales por las limitaciones forzadas de estas informaciones.

Quiero, sin embargo, decir por último, que en Colombia también estamos empeñados en encontrar el camino para una nueva expresión política de nuestro pueblo, por una nueva alternativa, viable y posible, para romper el bipartidismo anquilosado y entrabante.

Si ya en 1895 don Miguel Antonio Caro decía que "en Colombia no hay partidos políticos sino odios heredados", qué será ahora, cuando el Partido del Frente Nacional, al servicio de los monopolios nacionales y extranjeros ha confundido las fronteras de las banderías tradicionales para mejor servicio de un sistema sin futuro. Ya las denominaciones de liberalismo y conservatismo no son para unos sino un medio de continuar atando a las masas las viejas iniquidades; y para otros amplios sectores, no es ya más, como diría Aníbal Ponce, "la agonía de una obstinada ilusión". La Convergencia Nacional, que hoy le propone la izquierda colombiana al país, desde el Partido Comunista y Firmes hasta sectores independientes de destacado valer, agrupada en torno de la candidatura presidencial de Gerardo Molina, de quien ha dicho ayer "EL ESPECTADOR" en su editorial que es "un intelectual eminente e intachable, cuya presencia en unas elecciones sería honrosa para cualquier país del mundo", puede y debe ser la salida política que el pueblo colombiano espera desde hace muchos años. La vida y la historia dirán la última palabra.

Yo, personalmente, espero que sea un parte de victoria, para los intereses del pueblo Colombiano.